

DELFINO URQUIA



ARTIGAS

En su silencio y su ostracismo voluntarios



PARIS

JOUVE & C^e, ÉDITEURS

15, RUE RACINE, VI^e

—
1917

DELFINO
URQUIA

ARTIGAS



PARIS
JOUVE
& C^e
ÉDITEURS

R.21



615333838
i15216676

UNIVERSIDAD DE EXTREMADURA



ARTIGAS

En su silencio y su ostracismo voluntarios

DEL MISMO AUTOR

San Martín

EN PREPARACION

Cartas á mi América

TS-6082

DELFINO URQUIA



ARTIGAS

En su silencio y su ostracismo voluntarios



PARIS

JOUVE & C^{ie}, ÉDITEURS

15, RUE RACINE, VI^e

—
1917

*A mi querido hijo
en su edad de reflexión*

D. U

ARTIGAS

I

De tí hubiese querido la declaración franca y categórica que le falta á la piedra angular de mi patria para la cimentación de su historia y la razón de ser como pueblo libre. Esa declaración necesaria de que carece el Uruguay para el arranque inicial é imprescindible de su vida en el futuro.

De tí hubiese deseado la declaración que, desdiciendo el ideal á que obedecieron todos tus actos y todas tus proclamas, hubiese venido á quedar como un acto de contrición, como el reconocimiento de un error sinceramente alimentado.

De tí hubiese aceptado, y esto haciendo una

forzada concesión á la pureza del principio que invoco; una atenuada aprobación de esta disgregación de la familia, concertada entre quien, por razones de sangre y de historia, tenía la sagrada obligación de cobijarnos bajo el manto de las heroicidades que también eran nuestras, y quien, por instintos de ambición, nos había dado el zarpazo del más fuerte.

De tí hubiese anhelado, vuelvo á repetirlo, la más leve aprobación, la más ligera insinuación, aunque en hecho de tal naturaleza le correspondiera el grito franco y potente salido del fondo del alma.

De tí hubiese admitido, como un último consuelo, la vacilación ante el hecho consumado; porque ella hubiese sido hoy una base, ya que no clara y sintética, al menos propicia á la discusión y á un principio de arranque que requieran la cosas y los sucesos.

Pero tus labios permanecieron mudos para

la posteridad en todo el ocaso de tus días que fué largo y te dió el tiempo necesario para la serenidad y la reflexión ; y en el silencio te llevaste al sepulcro el secreto de tu corazón. Sin embargo tu pecho sabía exhalar los gritos penetrantes de protesta, porque aún vibra en mis oídos aquel tu arranque de indignación justificada contra tu subalterno Ramirez, cuando este se te sublevaba á raíz del tratado del Pilar. Sin embargo tú conocías también la obligación sagrada que el destino te había indicado para cumplir, porque recuerdo que en aquel grito desesperado tú hablabas de los *altos deberes* del puesto que te habían dado los pueblos de la Banda Oriental.

No puedo, pues, creer que las duras palabras de tu teniente, en contestación á tus reproches, hayan sido la causa determinante de tu olvido y tu silencio en el Paraguay.

Sin embargo á raíz de tus consecutivas

derrotas, que se siguieron á la insubordinación de tu subalterno, fué que tú amoldaste tu nuevo proceder.

Yo comprendo que fué dura tu suerte adversa, y que aquella hora de tu vida fué verdaderamente azarosa. No te dejaron respirar sino muy breves instantes. El amargo del veneno te lo sirvió la ocasión gota á gota, y tú no tuviste mas remedio que apurarlo. Y fué primero aquel 3 de Octubre del 16 en *San Borja* ; aquel 19 y aquel otro 27 del mismo mes en *Ibiracoy* y *Corumbá* ; aquel 19 de Noviembre en *India Muerta* ; aquel 6 de Diciembre en *Pablo Paez* ; aquel 3 de Enero del año siguiente en el *Arapey* ; y aquel otro, casi enseguida, en el *Catalán*, para continuar luego, en el 1820, con aquel *Tacuarembó chico*, y dar el último trago con aquel descenso final en la pendiente del infortunio, que se marcó en la historia dolorida de tu sacrificio, con aquel 24 de Junio

en la *Bajada del Paraná* ; aquel 22 del mismo mes en la *Punta del Juquery* ; aquel 29 en *Abalos* ; aquel *Mandisoví* ; aquel *Cambay*, con intervalos de dias solamente...

Comprendo que después de tanto revolcón y de tanta inmerecida paliza hayas sentido la necesidad de un descanso y te hayas internado en ese Paraguay que tanto quisiste y hacia el cual, más de una vez en épocas anteriores, habías inútilmente dirigido tu voz y tu mirada en demanda auxiliadora ; pero no comprendo que tras de aquellos desastres, que no podían ser mas que momentáneos, te hayas llevado también, en pos de tí, á la enmarañada selva del olvido, aquel pasado de tus diez años de lucha que te debieron zumban en los oidos con rumores de compromiso.

Yo no puedo creer que tú no hayas pesado en el interior de tu conciencia, y durante esas horas de la calma del cielo paraguayo, del

cielo sereno de América que seguía siempre mirándote con la predilección que se tiene para los elegidos, la grave consecuencia de un silencio semejante.

Imposible ; tu actuación tuvo demasiada preponderancia en los sucesos que se habían desarrollado en esta parte del continente para que, los que luego se produjeron, no te hayan llegado á hacer vibrar las cuerdas del sentimiento.

Imposible ; estuviste muy metido en el despejamiento de la incógnita libertadora que por aquel entonces se trataba de despejar ; te habías avanzado hasta más allá de un simple anhelo en tus declaraciones netamente federales, netamente delineadas en la extension geográfica que la querías á tu patria.

Tú debiste de haber abrigado, más de una vez, la visión del porvenir que es hoy este presente nuestro, y que será, á su vez, mañana, el

de nuestros hijos ; y debiste presumir que nos pondríamos á pensar en ese pasado que fué tu presente.

Tú debiste recordar, más de una vez, aquella negación tuya enviada desde las márgenes del Uruguay, cuando, en días de terribles luchas con el centralismo monárquico porteño, se te brindó la independencia del pedazo de tierra de tu provincia que la recorrias entonces en triunfo.

Tú debiste, sí, recordarlo y compararlo con lo que se concretaba en aquellos días finales de tu existencia. Sin embargo callaste. La protesta que desvirtuara la acción de aquel tu presente no se pronunció

¿ Callaste, acaso, sospechando que vivías en aquellos tiempos con un adelanto de siglos? ¿ Adivinando, quizá, que á ti, como á los otros grandes de la América, que escribían también las páginas de oro de su historia, no te estaba permitido leer el capítulo final del triunfo de



nitivo ? ¿ Presintiendo, quizá, que tú debías, á tu vez, apurar el amargo de la copa de los desengaños ?

No vibró tu protesta que se hubiese tallado en los troncos seculares de la selva que te rodeaba. Y aquella primera página de una constitución que se redactaba en la meseta floridense, y que no concertaba con las anteriores notas de tu actuación, mereció, según tu opinión, tu silencio. Sin embargo ella no se ajustaba, no ya en lo fundamental de tu idea de patria grande que habías soñado, pero ni aún en la forma de gobierno que tanto habías amado. Sin embargo tú, en viaje de visita que te hizo por aquel entonces tu contemporáneo el General Paz, confesabas, en la intimidad de una conversación de amigos, de tus aspiraciones federales que habían sido, y que me dan á entender que seguían siendo en aquellos momentos de tu retiro.

Tenías, pues, una convicción profundamente arraigada respecto á la extensión de tu patria y al sistema político que habías defendido con todas las energías de tu cuerpo y de tu espíritu. ¿ Por qué, entonces, tu silencio si el sistema adoptado y la desmembración del suelo no condecían con los anhelos de tu corazón? ¿ Tu silencio que tanto pesa hoy en mi conciencia al buscar la claridad del pretérito uruguayo, que yo lo veo sin historia propia, huérfano de los grandes hombres que actuaron por su libertad? ¿ Huérfano de los grandes hechos en que sin embargo figuró?

¿ Y, unido á tu silencio, por qué aquella resistencia en volver á la tierra de tus hazañas, cuando uno de tus generales, presidiendo ya los destinos del Uruguay libre, te quiso repatriar?

¿ Por qué, años más tarde, cuando tu único José María volvió á insistir en la necesidad de tu vuelta, tu resistencia persistió á pesar de la

vejez de tu cuerpo y de la pobreza de tu vivir ?

¿ Nada pudo aquel tu único afecto familiar ?

¿ Nada aquel llamado imperioso de la sangre ?

¿ Ni las palabras de aquel Jerónimo Pio Bianqui hablando en nombre de un congreso de tu provincia natal el 18 de Julio del 21 y tratándose de *ambicioso atrevido sin más ley que la satisfacción de las pasiones* ; ni los siete vivos lanzados por el regimiento de dragones de la Unión, al proclamar aquella acta de adhesión al emperador del Brasil el 17 de Octubre del 22, y que debieron llegar á tus oídos en toda la preñez de una ingratitud, fueron bastantes para hacerte hablar ?

¿ Ni la decrepitud física que cambia, las más de las veces, las primeras creencias y los primeros amores de la juventud, pudo contra aquella tu resolución de silencio y de proscripción ?

.

Ante los dictados imperiosos de tu conciencia, á los cuales ajustaste tu proceder, yo me inclino y te respeto.

Respeto tu decisión y sufro el supremo dolor que debió de mascerarte el corazón aquel desvío que sufrieron tus más caros anhelos, los más bellos y patrióticos anhelos de tu alma ciudadana.

Gusto, sí, gusto yo también de aquella amargura que debiste apurar ante el derrumbamiento de toda tu obra. Porque estoy firmemente convencido de que hubo un dolor, un inmenso dolor desbordante, en aquel momento en que pisaste la tierra paraguaya en busca de un destierro voluntario, decidido á no hablar, á dejar que los hechos contestaran sobre la verdad de tu apostolado.

Tú no podías aceptar, sin entrar en los dominios para tí desconocidos de la hipocresia y la vanidad, aquello que se te ofrecía y que era una

negación absoluta de toda tu actuación pasada.

Tú no podías tampoco, sin inscribirte en el índice de los malos ciudadanos, desconfirmar lo que parecía la voluntad soberana de un pueblo. Ya lo habías declarado cuatro años atrás, en oficio al Director Puyrredon : *Una experiencia dolorosa nos ha mostrado cuan peligroso es el camino de la resistencia á la voluntad soberana de los pueblos, y cuan imprudente política es la que promueve é inflama en ellas el fuego de la discordia.*

Seguramente aquella súbita declaración de la insensatez de tu obra debió clavarte una espina de duda en tu corazón, y debiste bambolear en tu pedestal ante aquella negación tan completa de tus mandamientos.

Y viendo que dejabas de ser el pastor de un pueblo grande, grande en la extensión y grande en el pensamiento, preferiste hacer el alto final y esperar en el silencio eterno el fallo de una

posteridad que, quizá, allá en las reconditeces de tu espíritu, lo adivinaste más sereno y más justiciero para analizar tu causa.

Y esa desazón moral del alma de mi patria actual que arranca desde la fecha de tu dolor y que trae á mi conciencia y á mi espíritu, sediento de claridad, en un estado nervioso que me roe y me perturba el sueño, y que á veces me lleva, en las negras alas de una blasfemia, hasta casi acusarte por tu silencio y tu actitud de proscrito voluntario, y que me trae así desde la edad de la independencia de mi juicio, en que empecé á rascar en las leyendas para buscar el marmol duro de la sinceridad, quiero calmarla, una vez por todas, en esta pendiente de mis días.

Y tomando por bases de mi declaración aquel tu silencio y tu destierro que parecen dar lugar á la indecisión para una sentencia definitiva, cual si brillasen como un enigma en el cielo de

tu actuación de conjunto, pero que me hablan, á mí, con claridad de lenguaje y firmeza de convicción, quiero zambullirme en la reflexión despejadora hasta que la potencia soberana de la pureza de sus aguas me impidan ver ni oír otra cosa que ver tu iluminación de profeta respecto á la patria grande, y oír la repercusión de tus instrucciones del año 13.

Sí, Artigas, quedó tu obra y tu proclama, y tu silencio y tu ostracismo, como complementos, estos últimos, del último sentir de tu corazón. Quedó lo que no podía borrarse ya, puesto que se había sellado con la sangre y las vidas de los tantos que te habían acompañado. Quedó tu sacrificio voluntario, inmolado en las tranquilidades del Paraguay. Y quedó todo ello como el rumor de una canción de peregrino, flotando en el ambiente de tu pueblo, para impregnarse mansamente en el corazón de generaciones futuras á tu tiempo. Quedó tu patria

grande como una condición del destino nuestro. Quedó aquella tu proclamación de federalismo que tanto amaste y á la que le dedicaste todos tus desvelos, todos tus ardores, y que fué la causa de tu derrota, como la estrella guiadora que no desaparece á pesar de la luz solar de otras grandezas. Quedó tu proclamación salvada del naufragio de tantas otras que se habían defendido desde el archipiélago de las Antillas hasta el estrecho de Magallanes. Pero quedó en tierra que hoy injustamente no te pertenece.

Tú duermes hoy, es verdad, en el suelo de tu cariños ; y lo que no pudimos obtener de tí mientras tú vivías, lo hemos creído conseguir con tu muerte. Pero tu espíritu seguirá rechazando la estrechez del pedestal que se te impone. El seguirá durmiendo solo, solo sin una queja de las tantas de con muy justa razón podía haber lanzado. Solo con el frío del olvido, bajo

las sombras espesas del *manduvi-guazú* y del *ivyra-pytá*, que fueron los últimos testigos de tu aspiración del futuro, hasta que la rehabilitación de tu verdad no se inscriba en el zócalo del basamento.

II

Niño aún, cuando aprendí á pronunciar tu nombre en las primeras páginas de historia que aún no se discuten, te amé y te coloqué en lo más íntimo de mi corazón ; y allí creciste en grandeza á medida que se acumulaban los años á mi más tierna juventud.

Te veía claro en la piedra angular de mi patria. Mis labios pronunciaban tu nombre con esa unción devota de los convencidos de la intangibilidad del Dios que imploran. Eras el único, el adorado con mayoría absoluta y sin

distinción de partidos. Y veía en tí al imán que atraía á todos los hijos de tu suelo fundiéndolos en la amalgama de ley de la cual tú formabas el oro primero.

Y no pudiste ser discutido mientras viviste en la serena mansión donde se guardan los decretos que tienen autoridad de cosa juzgada.

Luego, más tarde, en la aurora de la edad sedienta, y cuando empecé á gustar en los manantiales del sabor amargo de la verdad, sentí que algo se desgarraba de las entrañas de mi ser moral. Y sufrí las tristezas y los dolores del que, caminando por senda firme y segura, se encuentra de golpe en la incierta pampa sin rastros para el viajero.

Tú desapareciste del horizonte donde hasta entonces habías sido mi guía y mi luz de esperanza; y no te ví más en el estrecho sendero en que mi afán de saber me había colocado. Y triste y lloroso, y aquejado por la horfandad en que

de pronto me encontraba, anduve errante por entre los duros pastos de las certidumbres que cortan las ilusiones de las leyendas, y hacen sangrar al corazón en sus afecciones más queridas.

Y, buscando un rumbo que me sacara de aquel mar de inmenso desaliento, empecé à rastrear nervioso en las páginas de historia que hasta entonces no había leído.

No quiero recordar, porque me lastiman aún, las angustias pasadas.

Solo sé que una primera lectura de las páginas reveladoras causó en mí el efecto de un rudo golpe de puño en la misma mitad del pecho que hasta entonces respiraba tranquilo ; que en las ansias de un consuelo buscado, de una deseada equivocación de mi parte, de una esperanza de volver á levantar aquello que se desmoronaba, busqué la salvación en los otros que se me habían adelantado y que debieron también sen

tir las mismas angustias ; que pasé bastante tiempo en la inconciencia de mis reflexiones al no hallar el bálsamo que buscaba ; y que volví á beber una y otra vez las amargas aguas de la verdad, obligando al paladar al acre sabor de las mismas.

Y á manera de esas copas que, cambiando la condición constitutiva del líquido y volviéndolo desagradable y nocivo al paladar sirven para la reconfortación del estómago débil, así la nueva visión de tu personalidad, á medida que se transformaba, fortalecía aquel mi desfallecimiento de un minuto, y otra noción más clara, más definida, más apoyada en los hechos que se sucedieron, más en armonía con lo que fué, apareció à la vista interior de mi alma de patriota.

Y tu actuación que unida à la gran familia aparecía con lucesfulgurantes, clara y razonable, se me presentó, en la ansiedad de una síntesis que necesitaba para mi patria de hoy, deslum-

brada, sin razón de ser, incomprensible y aislada del conjunto en que irradió.

Y conocí, en tí, á un Artigas que no encuadraba en los estrechos límites de mi patria actual; á un Artigas que desdecía con el régimen de nuestra vida política adoptado; á un Artigas que, en fecha memorable, rechazaba, desde las márgenes del Uruguay, en vibrante y clara respuesta á la oligarquía porteña, la independencia del suelo que hoy, en los días que corremos, se le quería dar por pedestal; á un Artigas que, en las instrucciones dadas á la representación que debía partir el año trece con dirección á Buenos-Aires para la formación de una Asamblea General Constituyente, expresaba que *ni por asomos se acercaba aquello á una separación nacional*..

Tu batalla de Las Piedras fulguró en las satisfacciones de mi espíritu con luces irradiadoras, como chispa del gran incendio que formó su

hoguera en la plaza de Mayo en 1810. Y con infinita alegría me convencí que ella no podía ser borrada de las tablas donde se inscribieron los grandes esfuerzos de esta parte del continente sin que todo el edificio político bamboleara.

Tu batalla de Las Piedras fué la que, manteniendo el fuego que parecía, por una fatalidad del destino, próximo á extinguirse en las primeras lameduras de su encendimiento, salvó la causa americana en un minuto supremo de su vida.

Ví en tu triunfo, y en momentos aciagos para la patria grande, la salvación de las Provincias Unidas. Y en silencio y con inmensa alegría se ensanchó mi cariño con la mayor extensión de tu gloria.

Me pareció que yo te amaba más que todos los Orientales porque te comprendía mejor y me compenetraba más en tus íntimas ambiciones.

Mi Artigas, el de las Provincias Unidas, lo encontraba más encuadrado en la clara verdad de los hechos pasados y de las proclamas lanzadas, que el Artigas de la República del Uruguay, con el desteñido título con que se le bautizó en un momento de sincero patriotismo, sin duda, pero que entró en las sagradas cavidades del corazón con una pequeñez manifiesta, porque le faltó las medidas justas con que el pecho del patriota lo esperaba.

La endeble armadura de Precursor con que se te quería elevar, para reconfortación de generaciones venideras, cedía y se abollaba á la menor presión del pulgar nervioso que buscaba la ley del acero que debía sostenerte.

La gran idea de la patria grande, con tu ambición del núcleo principal en la parte oriental del Plata, y el sistema de la federación, de esa federación que fué tu gran sueño obsesionante, la gran pesadilla de tus días vividos en holocausto

de la tierra querida, se alzó en el altar de mis conclusiones definitivas.

La imposibilidad de la eliminación de tu personalidad, como con muy justa razón lo dijo Bauzá, de entre los hombres de primera fila ; el calor y la esencia de tu paternidad en la constitución republicana federal que hoy rige á la Nación Argentina, quedaron también en mi alma como puntos primordiales é incontrovertibles.

¿ Por qué, pues, si tan clara y definida y concluyente fué tu historia y tu deseo, no se te encontraba dentro del marco que habías elegido?

¿ Por qué aberración del destino las generaciones de tu suelo, en porfiada lucha con la historia, le velaban, pues, las luces deslumbrantes y de potentes colores de tu tela ?

¿ Por qué este unitarismo cobijando la región de tus hazañas, suponiendo excusable la independencia del territorio ?

¿ Por qué negado en tus dos concepciones

más anheladas, en las dos que con más tesón y más cariño defendiste ?

¿ Estaría yo en solitaria y abierta oposición con los pensares del pueblo mío ?

¿ Caería solo en mí la indicación del índice del renegado y mal patriota ?

Sin embargo yo sentía una gran serenidad en mis ideas, y un fuerte reconfortamiento con el Artigas de mis ensueños. En la emisión consciente de mi pensamiento se advertía toda la carga de la sinceridad y de la mejor buena fé de que era capaz mi alma de uruguayo. Con el Artigas de la patria grande sentíame en la calma región de la verdad, en tanto que, con el Artigas de los tiempos presentes, mi boca y mi corazón veíanse obligados á las falsas palabras no sentidas.

¿ Por qué á mí la desviación del rayo que á los otros de mis conciudadanos tan claramente iluminaba ?

Si en conciencia y junto á la verdad de los hechos, no se puede establecer que Artigas quiso la independencia de su provincia, no se puede negar que él, con su actuación, la hizo posible y viable !

¿ Bastaba pues eso ? ¿ El alma patriota debía satisfacerse con ese alimento introducido en el organismo nacional ? ¿ La savia de esa seca y pobre semilla era suficiente al crecimiento y á la fortaleza con que el cuerpo constituido debía afrontar las adversidades y las grandezas del futuro ?

¿ La sangre, el nervio, las bases primeras de la voluntad, no debían ser materia principal de un examen y ver que son partes que demandan alimento de más empuje, de más fuerza, de más precisión ?

¿ Delineado el camino recto y seguro, había que tornar por el oblicuo sendero del atajo ? ¿ El oblicuo sendero que no solo no se había delineado,

sino que había sido rechazado por el guía que nos conducía ? ¿ El oblicuo sendero que tomó la caravana sin una mirada hacia atrás, sin una pregunta al gran *rastreador* que, con el fino y seguro olfato de los profetas visionarios é intuitivos, hasta entonces nos había guiado ?

¿ Todo aquel dolor del abandonado en la desviación de la ruta no valía ni los dos adarmes de la reflexión ? ¿ Había que tomar su silencio como un consentimiento y una aprobación á nuestra ingratitud, cuando la dirección de su mirada se tendió siempre en dirección á la gran vía del costado ?

Imposible ; otros pechos como el mío debían también estar sufriendo las mismas torturas ; otros como yo debían también conocer los desvelos que aniquilan el alma sedienta de verdad y de justicia ; otros debían estar esperando la apertura de esta puerta de la franqueza para también pasar, á su vez, con un suspiro de

satisfacción y de desahogo, aliviadores de sus conciencias intranquilas.

Ya sé yo, sí, para consuelo de estas mis ansias torturadoras, de aquel otro solitario que, viviendo en un adelanto de su tiempo, sintió también la roedura del gusano de la inquietud.

Sé de sus sueños y aspiraciones que se epitafiaron de *grandes y generosas quimeras*. Sé de sus tristezas nostálgicas. Sé de las *vanas é irreverentes* palabras de sus acusadores. Sé de su vida de proscripto, pobre y uruguayo, pudiendo ser rico y argentino.

Y sé también, para reconfortación de mi espíritu, de las reivindicaciones del apóstol, por ese otro pensador profundo y anacoreta de mi patria, que, cada vez que me embebo en las fuentes de sus pensares tan magistralmente expresados, tan fuertemente sentidos, aunque á las veces diferenciamos en el dilema final que existe en el fondo de todas las cosas huma-

nas, me dan así como un aliento y un empuje para expresar, con la sinceridad necesaria, la concepción de mis pensamientos.

Yo, á tí, Artigas, no te consideraré jamás como la acción disolvente en la solución que, en esta parte de América, se preparaba á principios del siglo pasado, porque ello sería una tremenda herejía. Muy al contrario yo te consideraré como el norte que obligaba al imán de la aguja de nuestro barco á marcar el derrotero que debía ser, y que será porque así lo quiere el destino.

Y si por las alturas de estas patrias americanas debe soplar el cálido y reconfortante aliento de nuestra América ; y si en esta aspiración sacrosanta está fuertemente adherida la base necesaria de una sinceridad ; y si nosotros los uruguayos la queremos en la acepción íntima y voluntariosa del vocablo ; y comprendemos que, sobre teoría nacional individualista y sagrada, debemos hacer primar la de comu-

nidad continental, digna también de una devoción del mismo grado ; y si, en bien de la causa y triunfo de la idea, cada cual debe aceptar, en el campo de las relatividades puramente materiales, el verdadero valor que tienen las partes componentes del futuro conglomerado ; entonces tu silencio, doblemente elocuente, me dice de la dirección equivocada que llevamos, y de la sin razón y sin fundamento de este paréntesis de vida libre que disfrutamos. Con todo, de tí hubiese querido la declaración franca y categórica para completa tranquilidad de la conciencia nacional.

III

Yo creo, querido Artigas, que dos grandes y dos inmensas manifestaciones se destacan de tu patriótica actuación. Las dos elocuentes en grado superlativo ; las dos enteramente opues-

tas en sus formas exteriores, pero unificadas en la esencia íntima de un pensamiento genuinamente americano.

Son dos extremos claros, sintéticos y refulgentes, que quedan iluminando, con luces irradiadoras, la convicción profunda de tu cerebro.

Dos manifestaciones que las prodigaste hasta los últimos límites de una potencia extraordinaria, que se pueden estudiar hoy, serenamente, primero : En tu actuación de aquellos diez años que corrieron de 1810 hasta tu entrada en la región serena de tu querido Paraguay ; y segundo : En aquel silencio y aquel ostracismo que te impusiste desde 1820 hasta el final de tus días en el año 50.

Hasta ahora todos hemos dado una importancia superior á la primera parte activa de tu actuación, relegando á un campo inferior aquella tu *manifestación muda* de treinta años consecutivos, y aquel alejamiento voluntario que no

pudieron romper ni la debilidad de la vejez, ni la fuerza de la amistad nacida al calor de la común pelea, ni el empuje de los recuerdos queridos, ni la voz de la sangre.

En las dos manifestaciones tú pusiste, Artigas, una persistencia y una uniformidad fuera de toda duda. La de tu *actuación activa* solo dobló la cabeza ante la fuerza material de los hechos, después de aquellos terribles revolcones, uno en pos del otro, sin casi la tregua para tomar el aliento necesario en los intervalos que tuvieron ; y la de aquella *actuación pasiva* con aquel silencio abrumador y aquel ostracismo que hablan hoy tan elocuentemente, y que solo la muerte pudo interrumpir en las constancias uniformes que tuvieron.

Yo tengo, para mí, que tú cumpliste aquellas dos etapas de tu vida patriótica impulsado por el convencimiento de la verdad de tu causa ; y las dos en una orientación convergente de tu

anhelo claramente manifestado en las diferentes proclamas que lanzaste á tu pueblo y á la posteridad ; y no, como muchos quieren dar á entender, que la segunda fué una consecuencia directa é inmediata de la primera ; algo así como el resultado consiguiente de una desilusión de tus aspiraciones.

Para mí, vuelvo á repetírtelo una vez más, tú, al traspasar la frontera de tu patria para internarte en los silenciosos bosques del Paraguay, lo hiciste previo el examen de tu conciencia y ante la convicción de la verdad de tus ideales.

En lo íntimo de tu ser y en aquella hora del ocaso de tu gloria, *la oración de la persistencia* la murmuraste aún en el dintel de la tierra que abandonabas ; y *la oración de la persistencia* la seguiste balbuceando luego con la misma fuerza de voluntad con que hasta entonces la habías rezado, mientras errabundeabas por los

campos de tu provincia, sobre el lomo de tu caballo y bajo las inclemencias del cielo querido.

Tú, Artigas, fuiste todo un caracter, solo igualado por San Martín y Bolívar. Fuiste un segundo mártir de tu causa, que te inmolaste ante la fatalidad de las leyes sobrehumanas que te sindicaron á tí, como á San Martín, para la víctima del sacrificio.

Yo protesto no omitir diligencia alguna hasta manifestar al mundo mi constancia.

Tu constancia, tu voluntad, eso es lo que veo yo en tí, tanto en la proclamación como en la defensa de tus ideales. La constancia en medio del fragor de una lucha desigual. La constancia en medio del silencio que guardaste en los años que luego se sucedieron.

Muchas veces, yo también, en este mi afán de una indentificación de tu proceder con el sentimiento actual de una patria uruguaya, busqué el consuelo, en un acomodamiento

más ó menos razonado, del Artigas que fuiste con el Artigas que debías ser, para la satisfacción necesaria de estas angustias secretas del alma ciudadana. Y más de una vez, también, estuve á punto de encontrar la casi serenidad para mis aspiraciones, tomando tu primera manifestación guerrera. Pero siempre, en cambio, encontré una resistencia á la adaptación del factor nacional con el factor de tu pasado, al querer inscribir en el pedestal de tu monumento la elocuencia contradictoria de aquella segunda manifestación de tu silencio de treinta años, inalterable, repitámoslo una vez más para mayor recaladura, en su constancia, la constancia por la cual tu *protestaste no omitir diligencia alguna* ; firme en medio de todos los ataques que sufriste ; ya fuera en la forma de una decrepitud del cuerpo físico, que casi siempre cambia el fundamento de las ideas primeras ; ya en la forma de aquel llamado de seres que

debieron serte doblemente queridos por haber sido compañeros de glorias é infortunios, y con los cuales habías escrito muchas de las páginas del libro de la patria ; ya, por último, en la forma de aquel otro llamado de tu único hijo que adorabas.

No pongo en la balanza, como fuerzas que hubiesen podido ser vencedoras de aquella tu resistencia, ni las tentaciones de una gloria personal en la segura elevación al sillón de una presidencia ; ni la atracción del aplauso de un pueblo, aún cuando no se sienta vibrar por debajo del grito aclamador de la muchedumbre la verdad de lo que su conductor proclamó, porque mal hubiesen podido estas fuerzas, que considero, en relación á tu persona, secundarias, hacer bambolear tu determinación si las primeras te encontraron inmovible ; y porque tú no eras de los formados con la masa de las ambiciones personales.

Tú, Artigas, fuiste demasiado puro. Tú no entendiste de términos medios, y he ahí, si puedo decir, tu gran pecado. Fuiste sencillo é infantil, si se quiere, en la exposición de tus anhelos patrióticos. Creíste que todos obraban en la buena fé de tu conciencia, y que los asuntos diplomáticos se podían tratar de la misma manera que los entreveros campales, á la clara luz del sol ; y de ahí tu desgracia.

Una voluntad enorme fué la característica de tu actuación durante los cincuenta años que viviste en el ambiente de libertad de estos pueblos. Y primero, por ser esa la ley del fatalismo humano, luchaste como fiera contra los españoles ; contra los porteños centralistas ; contra los portugueses ; contra los dos últimos á la vez. Y por último, apurada toda la copa de los esfuerzos sobrehumanos en los campos de batalla, luchaste contra la adversidad de tu suerte, con aquella última arma que te quedaba,

y que la esgrimiste en la única forma que podías manejarla y en el solo terreno en que te era permitido : En la constancia de aquel silencio y de aquel ostracismo voluntarios de treinta años consecutivos.

No fué tampoco, aquella mudez, la venganza de un corazón que se vé defraudado en sus más queridas esperanzas, por cuanto tú siempre seguiste amando al pueblo de tu nacimiento en *la sensibilidad extrema* de tu caracter, que te reconoció el Dean Funes, y que yo creo adivinar también en aquella tímida pregunta al joven brasilero Beaurepaire que fué á visitarte en la soledad y olvido en que vivías. Pero, sí, fué la demostración de aquella convicción de tus ideales que, no habiendo podido hacerlos triunfar en las puntas de las lanzas, querías hacerlos vibrar en la atmósfera serena de tu América para que quedara como la última nota dolorida de una verdad.

La sana y reconfortante rudeza, repito una vez más, de tu programa, ajeno á los vericuetos de una diplomacia que tú no podías comprender, porque habías nacido y te habías criado entre el acre y puro ambiente de las cuchillas, fué la única causa de tu derrumbe en aquel minuto de la historia.

Tú habías entrevisto el dogma democrático en la pureza de un origen americano ; y en el ambiente y en la luz de aquella diafanidad lo defendiste durante toda tu vida política, y con aquellas dos grandes manifestaciones de actividad y de silencio.

El error de aquella insubordinación al poder central, en cuanto tú no lo veías encuadrado á tu visión profética en algunos de los puntos secundarios, pero que para tí se te antojaban de capital importancia, fué un error sincero que todos debemos respetar.

Tú fuiste en toda tu actuación una fuerza

instintiva del espíritu federalista llevado hasta el grado superlativo de una desunión. Puntilloso para las menores claudicaciones que había que aceptar en bien de la causa superior americana. Pero habrías dejado de ser un dogmático si no hubieses llevado, en el interior de la creencia, la fé fanática y ciega que te sostuvo y que te obligó, no digo á anteponer á la causa principal lo que hubieras debido considerar de menor importancia, pero, sí, á uñirla en el mismo yugo y á la misma altura de concepción.

Tú fuiste un principista innato y absoluto. Entendiste la libertad de tu lote americano dentro del marco de una autonomía de provincias, quizá demasiado ideal para la época en que se difundía el evangelio, pero que para tí era condición *sine-qua-non* de la supervivencia de la dicha libertad.

Abrazaste la creencia de una independencia

americana de pura enjundia criolla y fundada sobre la base de un federalismo absoluto. Y entre una libertad con reflejos realistas ú otra unitaria con dependencia de un directorio central de Buenos-Aires, te fuiste, inconscientemente, hacia la anarquía y la derrota. Pero por ello nunca se te podrá motejar de mal patriota, por cuanto la sinceridad de tus pensamientos nadie podrá ponerla en duda.

Habrás cometido para muchos, convengo, un gran error, un grave error si se quiere ; pero será para todos un error sincero. Y ello será suficiente para no negarte la *ley del quilate* á que eres acreedor.

Tu silencio de treinta años que siguieron á tus desvelos de los diez primeros de la libertad, y tu renuncia á toda ostentación de gloria y á todo halago de comodidad, convencen á la mente incrédula más acorazada y prevenida.

Y si el atributo de una ambición personal se

considera justificado en un genio como Bolívar, á pesar de que en un momento dado puso en gran peligro la independencia de América, que se salvó del naufragio por el sacrificio de San Martín, con mucha más razón no podrá ser obstáculo para el encuadramiento de tu grandeza, esta esclavitud de un principio político que fué la norma de tu conducta.

IV

Aquel tu silencio de treinta años ; aquella tu desaparición brusca de la escena política ; aquella, al parecer, tu indiferencia ante el desarrollo de los grandes acontecimientos de tu provincia y de tu patria ; aquella tu resistencia á los tres imperiosos llamados que se te hicieron, fué lo que aplacó mi sed devora-

dora de una tranquilidad de conciencia, y lo que me colocó en el reinado claro y sereno y profundamente arraigado de la verdad de los hechos y de las demostraciones que fueron.

Yo veo, en esta segunda manifestación tuya, la íntima esencia de tu pensamiento hasta los últimos momentos de la vida de tu cuerpo y de tu espíritu.

Un sincero adorador tuyo, como lo somos todos los nacidos en la provincia de tu origen, un cantor de tu actuación y de tu personalidad que te lloró en las manifestaciones poéticas de tu grandeza, como se llora al pasaje de una bandera gloriosa y querida, con lágrimas de orgullo y de satisfacción, te llamó: *Alma fuerte y extravagante*; y dijo que lo que pasó en tí en aquellos momentos de un adiós á tu suelo, y lo que seguirá pasando, era y será un misterio.

Yo, en cambio, creo adivinar mejor tu íntimo secreto, y creo compenetrarme más en la esen-

cia de tu pensar, llamándote: *Alma fuerte y clarividente*; y diciendo que, en aquel supremo instante del supremo adiós á tu provincia y á tu patria, se desvaneció la más tenue sombra, si es que pudo haberla, y solo para quienes no te comprendieron, del verdadero anhelo de tu patriotismo,

En aquel minuto angustioso de tu vida dejaste, precisamente, de ser un misterio para entrar en la región absoluta de una luz solar.

Yo no voy á deducir la intimidad de tu pensamiento, en lo que se relacionaba con la extensión territorial, de la parte literal de tus palabras: *Patria oriental*; *Patrimonio de los orientales*; porque el sentido verdaderamente profundo de ellas no satisfaría las intranquilidades de mi conciencia, por cuanto las encontraría huecas y faltas del sentimiento rellenedor que debe de infundirlas.

Yo no puedo creer que tú, Artigas, precisa-

mente el hombre claro y sin recovecos, hayas confundido tu provincia en el conglomerado de las hermanas, si escondías en tu pecho el fin indirecto de la libertad de la misma.

Y aún, avanzando más, suponiéndote capaz de una doblez política de tal naturaleza, suponiendo que tal hubiese sido el núcleo de tus pensamientos, aquel silencio de treinta años se hubo de haber roto con la declaración necesaria é íntima que habías llevado escondida, al escuchar el eco de aquel drama del año 28.

Pero tú callaste.

Callaste primero en un momento de suspensión y de pregunta ; en un minuto de espera, como si hubieses querido cerciorarte de que el eco de tu grito de diez años se había efectivamente extinguido. Y seguiste callando, después, al no percibir ni el tenue rumor de algo que pudiera parecerse á tu canción de peregrino. Entonces, como dice con muy justa apreciación

el mismo vate compatriota mío, tú comprendiste la discordancia de tu lamento con el clamor de la muchedumbre, y te fuíste; te fuíste para siempre, para no más volver, como no fuera en la forma de un símbolo y en la pureza de un tiempo futuro que estabas seguro de que había de venir.

La desilusión y el vacío quedaron á tus espaldas; la soledad te rodeó; quizá también la duda nació, fugaz como un fuego fatuo, en el fondo de tu conciencia; pero el destino velaba por la misión que tenías que cumplir; y aunque los instantes fueron de dura prueba tú no desfalleciste. Una vez más, con seguridad, resplandeció en tu mente y en tu corazón, sangrado por las traiciones, la serena verdad de tu evangelio; y en tu mente y en tu corazón la firme voluntad pujó, aún, más hondamente, sus raíces.

Tuvo razón el mismo poeta cuando dijo que tu silencio fué como *el de los lagos de las mon-*

tañas, inmóviles y profundos. En tu silencio se reflejó y se refleja, aún, la tranquilidad del reinado de una visión clara y la inmovilidad de un pensamiento.

¿ Como habías de aceptar ni la invitación del gobierno portugués con su coronelato y su pensión, ni el ofrecimiento de la América del Norte, si aún tenías tu misión inconcluida y te quedaban aquellos treinta años de combate singular con aquella segunda arma de un silencio y un ostracismo voluntarios frente á los sucesos que se iban á desarrollar en tu provincia?

Tú, también, como ese otro mártir de su causa que tuvo que apagar su sed de patrióticos anhelos en la copa de la amargura y de la desilusión en las lejanas playas de Guayaquil, tuviste que apurar en el mismo recipiente los sorbos del dolor y de la ingratitud.

Tú, como aquel con quien en tantas faces te asemejas, paladeaste el acre sabor de los desenga-

ños en todas las graduaciones que podían componerse, y que, sin el menor escrúpulo de conciencia, se combinaron para ofrecértelos. Y primero fué, siguiendo el orden en que se desarrollaron los sucesos, esta independencia de tu provincia natal, que, en lejanos tiempos, habías rechazado con altanera soberbia en una nota al centralismo porteño, estableciendo, bien claramente, que ni por asomos querías que se creyese que aspirabas á la independencia de tu provincia. Y luego fué esta carta fundamental nuestra que es el reverso de aquellas tus instrucciones del año trece. Y por último esta bandera que no nos recuerda en nada la tricolor que siempre enarbolaras.

No se quiso nada de ti. Y todo lo que pudiera haber tenido un recuerdo, un agradecimiento, un cariño de tu actuación, se borró con el esmeril de la ingratitud.

Y sin comprenderte, seguramente, quisieron

más tarde obligarte á que te sentaras junto al diminuto mantel que se había desgarrado del amplio que tú habías defendido; porque entonces se tendría para el presente y la posteridad el sello superior y necesario de tu consentimiento al nuevo orden de cosas conseguido; algo así como la confesión de un error que habías hasta entonces alimentado.

Pero tú no claudicaste. Tú no podías sujetarte la careta de la falsedad, ni arriar tu bandera de la torre iluminatoria de un destino que veías, con mirada clarividente, á través de las sombras inciertas del momento histórico.

Le tormenta de la duda que arreció, seguramente, con sus olas, los cimientos de tu pedestal, pero que no pudo hacerlo bambolear hasta el final de una caída, fué una fuerza más que te determinó á tu actuación definitiva. No tuviste mas que empinarte sobre tanta atmósfera descompuesta para aspirar la brisa reconfortadora

que ya había sacudido una vez, en el nacimiento de nuestra aurora americana, allá en la *Calera de los Huerfanos*, las guedejas de tus sienes immaculadas.

En aquella hora de una determinación que nos había de hablar tan elocuentemente, tú viste que la luz de tu conciencia seguía siempre marcando la verdad de lo que habías defendido ; y que era el rebaño, que hasta entonces habías conducido, el que se descarriaba impulsado por fuerzas desconocidas.

El anatema que, en otra boca que no fuera la tuya se encontraría fundado en una razón instintiva y humana, no vibró tampoco en aquel caer de tu tarde quejumbrosa. Y aunque tú viste que ya se empezaba á prescindir de tus consejos, y que el manto del olvido empezaba á tenderse entre tu paternidad y la falange que hasta entonces habías dirigido, no pudiste, porque no quisiste, arrojar la maldición á la columna en marcha

hacia horizontes opuestos á los que tú veías.

Y la dejaste seguir el curso que se había elegido, con la mirada bondadosa sobre ella, seguro de que en algun reposo del futuro, ella se había de tender otra vez hacia tí en actitud suplicante y arrepentida.

Y bastó aquella consolación para tu alma atormentada. Y en aquella espera viviste los treinta años de tu cautiverio. Y en la conciencia de aquella verdad que entonces no se te quería reconocer, cerraste, seguramente, tus ojos en un último parpadear de voluntad.

V

Ya sé que el descubrimiento de una verdad no buscada, apareciendo de improviso en la serena calma de nuestros sentires, trae apare-

jado el cataclismo más profundo en las construcciones del espíritu.

Y sé, también, que la confesión de un error es siempre enojosa para el amor propio del hombre. Y que muchas veces la resistencia á una cesión del campo, donde uno se enseñoreaba con todos los atributos de una omnipotencia, puede llevar, cuando no á la perniciosa y culpable actitud de un silencio, á los bajos fondos de la hipocresía y de la negación.

Digno y merecedor del respeto humano ese momento de una derrota de la conciencia, perturbada por el golpe recibido, si en las ondas producidas por la piedra de la verdad se adivina la fuerza de un arrastre, hacia la orilla del olvido, de las hojas secas de la mentira que enturbiaba la transparencia del agua que debía ser tal cual el destino quería que fuese.

Pero digno y merecedor de un analema cuando, en acto de resistencia incompre-

sible, se quieren oponer, á la fuerza de la verdad, las impotencias de la sombra.

Y tú tienes derecho de amonestar en tu nombre, Artigas, á los que pretenden hacer difuso tu evangelio; á los que, no encontrándose con el valor de la franqueza para declarar que te habías equivocado, pretenden ajustar esta independencia nuestra con la declaración de tu rechazo de la misma.

Tú tienes derecho á exigir, pasado el término de prueba en esta desviación de tu camino, ó bien la negación de tus ideales en lo referente á lo grande de la patria y al sistema político que proclamabas, ó bien la contrición del pecado de tu pueblo. Porque tú que fuiste siempre claro, de claridad refulgente, no puedes aceptar esta curiosa posición de tu gloria en las tablas del Uruguay.

¿Que eres tú, en definitiva, en esta definición de tu título?

Precursor inconsciente de nuestra independencia dicen los unos. — Fundador de la libertad de tu provincia, á pesar de los hechos y las proclamas que lo contradicen, vociferan los otros.

Cuan vano verás tú, desde la altura en que te encuentras, este empeño de tus compatriotas que, habiendo cometido el gran error de la meseta floridense, se encaprichan, ahora, en tocar y retocar los vivos colores de tu obra; como si se pudiese cambiar el asunto principal de ella con los meros efectos de una falsedad de tintas. ¿No advierten, los pobres, que en el vigoroso trazo de su conjunto existe la inspiración divina de tu apostolado?

Dicen algunos que los orientales podemos tranquilizarnos á pesar de la imposibilidad de inscripción del título anhelado y necesario en la base de tu monumento, porque Montevideo debía ser, en tu plan fecundo, la cabeza del

coloso sud-americano :y que en obsequio á una idea tan generosa para tu pueblo fué que tú desarrollaste en él, durante los diez años de tu *actuación activa*, las luchas gigantescas y las enseñanzas y los ejemplos que nos dignifican ; y que así como no se te puede llamar, en justicia, *el fundador de nuestra patria actual*, tampoco puede apropiarse el título ni el Brasil, ni la Argentina, ni los ingleses ; porque tú habias constituido una sociedad de hombres libres, con energías para reivindicar sus destinos contra todas las dominaciones y contra todas las imposiciones de la tierra.

Vana satisfacción que no calma las necesidades del espíritu en punto tan primordial ; como no las calman tampoco las consolaciones de aquel otro compatriota mío que también dijo, guiado por una aspiración sincera, que tú eras el que *habia hecho posible con tu actuación esta libertad que hou disfrutamos*.

La reivindicación de un derecho, para poder proclamar lo que queremos que sea nuestro destino, es lo que le falta conquistar á mi Uruguay. La voluntad nuestra, ajena no ya de una imposición, pero ni aún de la más superficial sugestión del extraño, netamente declarada en asamblea general del pueblo, es lo que está clamando el primer inciso del primer artículo del primer código fundamental de nuestro país.

Y mientras no borremos, con un sacudimiento vigoroso, aquella aceptación humillante de Lavalleja, tanto más imprevista é inesperada cuanto más se la acerca á la claridad y firmeza de tu evangelio ; mientras, en declaración solemne, con gritos que alcancen á las cinco partes del mundo, no proclamemos *nulos y de ningun valor* los actos del pasado floridense, en lo que ellos puedan conservar de sumisión á poderes ó influencias extrañas, noso-

tros estamos, siempre, bajo la amenaza de una tutoría de los tres colosos que nos dieron la libertad, no solo no pedida, pero, más aún, rechazada ; y que pueden siempre, mientras las cosas queden como al presente, hacer valer los derechos de que en el pasado, apoyados por la fuerza, se apropiaron, y en el presente, por la fuerza del derecho, pueden exigir.

Entrar en el campo de acción de una voluntad nacional diciendo que el pueblo oriental *estaba fundido, por tí, en el molde de los pueblos independientes* ; y que en el año 28 no se había hecho más que *consagrar y reconocer una realidad ya existente*, no es entrar en la región de la luz patriótica con la frente iluminada por el sano orgullo del ciudadano.

En estos argumentos sacrosantos de la libertad de una patria, si es que ella puede prestarse á la más mínima discusión, aceptar el nacimiento *lateral* de una idea núcleo, allí mismo

donde la voluntad de un creador pedía, á pesar de los hechos existentes, la formación de otro núcleo que no pudo ser constituido por las razones que se conocen, es aceptar un nacimiento al que le falta la preñez *previa* de un anhelo, la intención sagrada de un chispazo genial, el toque divino del dedo del destino.

Lo que en sí tiene de indirecto la aparición del milagro ; la insistencia misma del ofrecimiento de esta libertad, primero en la insinuación malévola hecha por el poder central de Buenos-Aires al jefe que nos conducía y buscaba, justamente, el lazo de familia con quien quería separarlo ; y la insistencia nuevamente aparecida en la época de la cruzada de Lavalleja, pero esta vez, no ya en la forma insinuada de una malevolencia, sino en la imposición de una libertad mientras el jefe de los treinta y tres miraba siempre hacia el otro lado del camino, vician en su origen lo que debería de ser el

resultado de la diafanidad y la precisión de un empuje nervioso.

« *La palabra independencia, ó separación, ó segregación no partió de nuestro suelo : « labios brasileros y labios argentinos la pronunciaron al disponer de nuestros destinos »* dijo el Dr Bustamente, con muchísima razón.

La prestación, solo, á poder ser discutida esa primera página de nuestro código fundamental, sería ya una suficiente razón para la revisión de los valores nacionales. Y así como estamos de acuerdo en considerar, la incorporación del 21 al otro estado vecino, como el resultado de la locura de un momento histórico, así también debemos de unificarnos para la sentencia sobre el acto del año 28, para declararlo de *crimen inútil ante el derecho inmutable y eterno*, como, con muy justa razón, lo proclamó ese otro vidente que murió también proscrito por defender los ideales de su alma grandiosa y clarividente.

De lo contrario habrá que confesar que tú te equivocaste ; que tus hazañas heroicas, tus proclamas, la esencia de tu evangelio, tu ostracismo y tu silencio de treinta años, fueron inútiles para la realización de tus quimeras ; y que de todo tu esfuerzo sobrehumano solo quedó una factibilidad de poder crear, á pedido de otros, lo que tú precisamente habías perseguido y condenado ; el consuelo de poder declarar una *realidad existente*, á la realidad que surgió indirectamente al costado de tu dogma de patria grande y sistema federal amplio.

Y ante esta consagración de los hechos actuales, ante esta existencia de tu pueblo fundido en el sueño de una independencia, quedará, siempre, de pié, tu silencio y tu ostracismo de treinta años ; *la obsecuencia de tu apostolado* que, como dice el Dr Acevedo en su Alegato, *te obligó á morir en el destierro*.

Seamos sinceros. Libres, Artigas no nos per-

tenece en la íntima amalgama del oro de nuestra libertad. Habrá, siempre, á pesar de los sinceros deseos del corazón patriota, una enorme dureza de ajuste. Porque la única cosa que hizo nuestro caudillo, no fué, como dice el mismo Dr, *no estimular entre sus compatriotas la idea de segregación de las provincias unidas, para organizar una república independiente*; sino antes bien, rechazar dicha segregación; en lo que existe, creo yo, alguna diferencia.

Contra la claridad del dogmático y visionario grandioso tenemos solamente esta realidad de nuestros años vividos en la independenciam de nuestro pueblo.

Alguien, que no recuerdo quien, dijo que éramos y debiamos ser libres.

Voluntad soberana que habrá que acatar aún en la discordancia del voto individual; aún en la certeza en que uno se encuentra de la equivocación del rebaño; aún en la seguridad del

cumplimiento de un determinismo fatal y contrario á los hechos y orientaciones del presente.

Pero entonces una purificación de lo turbio del año 28 es necesaria. Hay que rascar en esa primera página de nuestro magno libro, á más del tenor literal, hasta el sentido que en él existe de nuestra libertad no pedida ; hasta el sentido derivativo de una posible tutoría para el futuro de nuestros destinos ; hasta la más mínima sospecha de una influencia estraña en los decretos de nuestro gobierno constitucional.

Y entonces aparecerás, tú, Artigas, como el poseído de una equivocación ; como el pobre pretencioso de un ideal demasiado grande para el cuerpo que debía realizarlo. Pero eso será siempre imposible.

VI

Imposible apagar el eco de aquella tu canción de peregrino. Imposible querer acordar su tono al diapasón del presente.

A medida que los años pasan y el fragor de fiebre de los primeros momentos del alumbramiento de la libertad de nuestra América se calma, el rumor que dejaste se percibe con más claridad en el ambiente en que tu voz de profeta lo produjo.

Rumor sagrado, rumor bendito que está perennemente flotando en la atmósfera de mi Uruguay. Rumor immaculado que se escucha desde el despertar del día hasta el comenzar de la noche, y sigue luego, en una continuidad absoluta, hasta el principio del otro día ; y así

desde la tarde aquella en que nos diste el adiós definitivo desde las puertas del Paraguay.

Imposible dejar perderse en el olvido el símbolo de aquel tu momento solemne que tiene, para nosotros los uruguayos, todo el poder de una hecatombe *golgotiana*.

Imposible dejar de contemplarte en la penumbra de aquel día que debió seguramente de ser muy triste, montado en tu cansado flete querido, con tu pobre alforja en que solo una ilusión sacrosanta se encerraba, perderte, silencioso y con las lágrimas en tus mejillas, en las soledades de aquel corazón de tu América.

Yo te veo alejarte, mudo, al lento paso de tu cabalgadura, y abandonando, á cada avance por el camino, un girón de tus entrañas, para que el dolor, que fué otro de tus fieles compañeros, ocupase el sitio que se le ofrecía.

Te veo perderte dulcemente en la lontananza del sendero abrupto, dando vueltas de vez en

cuando la cabeza para ver si alguna señal te llamaba en todavía ; para escuchar si alguna voz te pedía que te volvieses.

Y te veo perderte más y más á cada paso ; siempre en la misma actitud resignada y dolorida ; siempre al mismo paso lento de tu caballo cansado ; y siempre apretando, junto á tu corazón, tu pobre alforja de peregrino que encerraba solo la ilusión de una esperanza.

Y desearía fervientemente poseer el calor de inspiración del vate mi compatriota que cantó tu peregrinaje por el mundo de tu historia en un borbollón de entusiasmos, desaliñado pero sublime como las malezas de nuestros bosques. Y desearía, también, la suave y penetrante y sublime facultad de ese otro asceta literario de mi patria, que nos cantó un Bolívar de entusiasmos y grandezas. Y desearía poseer el misterioso don de trasladar al lienzo ó de modelar en el marmol el fuego de una iluminación inte-

rior, como esta que me produce tu adiós de visionario, para poderte llorar, en las páginas de un dolor profundo, en los rasgos palpitantes de un perfil concluído, ó en los golpes de una cinceladura nerviosa, aquel dolor tuyo en aquella tarde dolorida de nuestra gran historia ; para poder dejar, en el presente que vivimos y en el futuro que vivirán nuestros venideros, la sensación elocuente y dolorida que se desprende de aquel momento culminante de tu adiós definitivo.

Imposible dejar de llorarte como te lloro yo en estos instantes en que te recuerdo. Imposible dejar de sentir tu dolor desgarrante al verte tan humilde y resignado en tu derrota. Imposible dejar de sentir levantarse, en el interior de cada uno, una fuerza misteriosa y reivindicatoria al contemplarte casi desvanecido en la bruma, montado sobre el fiel compañero que fué tu caballo, y apretando, con todo el

poder que te infundía tu iluminación de visionario, la pobre miserable alforja en que guardabas tus ilusiones queridas.

Imposible que la nueva canción del presente impida escuchar aquella última nota dolorida de tu actuación; aquella última nota que siguió vibrando en aquella calma americana por espacio de treinta años consecutivos; y que sigue perturbando, aún, en una recordación perpetua, el ambiente patrio de nuestro suelo; aquella nota dolorida que, por lo mismo que fué muda, se infiltró con más fuerza en las reconditeces de nuestro espíritu, guardando su asiento en esa parte inmortal de nuestro conjunto humano, de donde brota la fuerza misteriosa que nos inclina, con empuje determinista, al acto supremo y noble de una reparación de la injusticia, de una declaración de verdad.

Imposible querernos librar de la pesadilla de nuestra ingratitud. Ella pesará constante-

mente en los vanos afanes de una glorificación que tú rechazaste.

El rumor de tu cántico lo escucharemos, vuelvo á repetírtelo, á las horas del sol, en los momentos de la tenue claridad de la luna y del vibrar de las estrellas. Y subirá, en perpetua recordación de ingratitud, del bajo de los valles, y de lo hondo de las lagunas, y de lo profundo de los bosques y de los ríos. Y bajará, en suave ondulación rumorosa, de lo alto de las cuchillas y de las copas de los árboles. Y de lo más alto también, porque desde allí la seguirán cantando, la lamentación, en un coro celestial, el sol que tostó tu frente immaculada, y la luna que alumbró, en sus apariciones, los senderos que recorrías, y las estrellas, y el firmamento que ungieron tus sienes benditas.

El pasto de las cuchillas, el trébol de las hondonadas, la piedra de las canteras vibrarán al



paso del viajero, haciendo sonar la nota de tu rumor sacrosanto.

Imposible poder aspirar la bocanada de aire necesaria á los pulmones, sin sentir en la garganta la irritación del reproche.

El dolor de la ingratitud, la intranquilidad que pesa, en contrario, en la balanza de los sentimientos, el gusano roedor de la verdad del pasado, comiendo siempre en las hojas mentirosas del presente, serán las bondades conseguidas por los uruguayos independientes en pago de la falta cometida.

Imposible la calma apetecida y necesaria por esta ruta en que nos hemos metido. Del otro lado de la montaña se encuentra la ancha senda que nos señalaste, la verdadera y segura senda de nuestra dirección hacia el porvenir que el destino nos tiene reservado.

En este atajo en que nos hemos empeñado, ni tu sombra sacrosanta nos cobija.

Imposible contemplar el futuro americano desde la estrecha y baja torre de nuestro egoísmo provincial independiente, porque la mirada no tendrá la potencia de águila con que tú la deseaste.

Imposible querer eludir la ley 'natural que obliga á la vida de los sucesos á seguir la dirección de una simplicidad unitaria á la pluralidad de una asociación. Todo se conjura para la explosión final y reivindicatoria de tu anhelo.

Dura será la vuelta que en busca del verdadero camino hemos de pronunciar. Pero más desgarrante será el retorno, más grande será tu triunfo, y más concluída y más satisfecha la contrición del pecado. Falta en el balance este factor de la derrota moral de tu rebaño, para que el cómputo final resulte en el equilibrio necesario.

Imposible cerrar la suma del pasado sin la

cantidad que tú más amaste ; sin la cantidad que exclusivamente consideraste. Todo lo que nos falta, todo lo que, en un empeño incomprendible, queremos rechazar, fué precisamente todo lo que en tu pobre alforja siempre llevaste ; lo único que conservaste hasta el postrer suspiro de despedida eterna.

Con tu pobre alforja al costado, tu alforja llena de las ilusiones grandiosas y queridas, fué que atravesaste las corrientes y escalaste las cuchillas para enredarte en los entreveros con tus enemigos. Con ella, bajo el sentir de tus esperanzas y la fé de tus convicciones, fué que dormiste en las noches intranquilas. Con ella te alimentaste de consuelo en tus negras horas de apetito nacional. Con ella paladeaste las fugaces lameduras de los triunfos que consuelan.

¿ Por qué pues nos empeñamos en quererte levantar sin tu alforja compañera ?

Imposible. Todos los pechos uruguayos,

todos los pechos argentinos no podrán, jamás, arrancar del sedimento de las convicciones profundas esa tu partícula federal y de nación extensiva.

Imposible encontrar el disolvente que se busca en un empeñoso afán incomprensible y preñado de ingratitud.

Imposible encontrar en la paleta del patriotismo, mismo sincero, el color que pudiese, no digo tapar, pero, ni aún, atenuar aquella nota de grandeza de patria, ni aquella de tu dogma político, que fueron tus ensueños persistentes y la causa de tu derrota del momento ; pero que serán también la causa de tu triunfo definitivo del futuro.

Imposible, porque el único color que, quizá, pudiera ser capaz de obtener el relativo resultado de negación, y que sería el negro de la ingratitud persistente en la historia del tiempo, no existe en la gama de los uruguayos.

Hay fuerzas misteriosas que trabajan en cada uno de nosotros para cerrar este paréntesis de vida libre é independiente.

La leyenda que se incubaba, la leyenda chica, encerrada en el libro del Uruguay presente, se hincha bajo el fermento de la verdad, y hace saltar el broche con que se pretende cerrar las páginas, sinceramente escritas, pero equivocadamente dictadas.

Imposible querer hacer olvidar con la revelación actual, aún impresa en doradas letras y editada en la primorosa edición que puede producir la generación del presente, aquella tu simple cartilla de gruesos caracteres y tapas ordinarias que siempre llevaste junto á tu corazón.

Imposible, porque le faltará, á la primera, la vibración de las luchas homéricas con que se engendró la segunda. Y porque no se encontrará saturada, como esta, en el acre y primi-

tivo perfume de la gramilla de la época. Y porque no se sentirá estremecida con los latidos del pecho peregrino.

Vuelvo una vez más á declarar que es razón más que suficiente y fundamental, para la continuación de nuestra marcha por el camino de esta independencia que disfrutamos, los ochenta y tantos años que se han inscrito en el libro de la historia. Pero vuelvo también á dejar claramente constatado que en ese caso hay que exprimir el corazón uruguayo hasta hacerle soltar la última gota de tu sentimiento en lo que este se refiere á la libertad de la provincia Cisplatina. Una declaración de desconocimiento de los ideales que perseguiste y una nota dolorosa de ingratitud deberán inscribirse en la portada de nuestro libro patrio. Y en lugar de la tinta roja con que escribiste la aspiración suprema para tu pueblo, será la tinta aguada de una filosofía de vericuetos la que pretenderá hacernos

comulgar con la hostia de una leyenda imposible, y la que tendremos que contemplar con ojos de renegados.

Y eso es imposible... imposible... mil veces imposible.

La oración secreta persistirá, á pesar de todo, en un clamor sereno, en un suave rumor propagado por toda la extensión de la patria que tú quisiste.

Y las consolaciones que se buscan en este otro clamor barullento, con las vanas pretensiones de acallar lo que siempre persiste, no harán mas que avivar la llama del fuego sagrado.

Allegaste combustible de verdadera ley en ese primer acopio del fogón patrio; y fué tu sopro fuerte y verdadero en ese primer avivamiento de la hoguera criolla; y su resplandor iluminó con toda la claridad necesaria hasta las menores madrigueras del suelo querido,

para que nuestra pretensión, injustificada é ingrata, aparezca en toda la inutilidad de un empeño delirante.

Imposible desgarrar el patrimonio que tu nunca quisiste enagenar ni, aún, al imperioso grito de la necesidad. El contrato inicial floridense se suscribió por los ingratos con un vicio fundamental en su origen.

Imposible poder encontrar en él, no ya tu franca adhesión como propietario principal de la familia, pero ni siquiera la intuición de una posible aprobación tuya, necesaria para la validez del mismo. Tu silencio y tu ostracismo voluntarios de treinta años; tu resistencia imperdurable á sentarte junto á la mesa del banquete libertario es lo que nos queda de tí, de quien no podemos renegar. Imposible... imposible, y mil veces imposible.

VII

Espera, pues, querido Artigas, que la glorificación de tu doble pensamiento se levante en el pedestal que se merece. El tiempo que trabaja por la realización de tu obra te dará la satisfacción de tu victoria en el futuro del tiempo, porque supiste pesar el valor que tiene el porvenir en el argumento de las horas que transcurren, porque tuviste también la visión del ungido en la última resolución de tu voluntad, al depositar la fé y la esperanza de tu evangelio en el factor de un plazo venidero que traerá, por la fuerza natural de los sucesos, la fuerza de verdad de tu visión sacrosanta á la mente del pueblo uruguayo.

La semilla de tu doble proclama necesitará,

quizá, la tierra trabajada por los años que pasan entre un siglo y otro siglo ; quizá, los que transcurren entre una y dos centurias ; quizá, los que se deslicen entre un lapso mayor de doscientos años ; pero ella, conservando su poder germinativo á manera de esos granos que la superstición egipcia colocaba junto al muerto querido, echará sus raíces en el momento oportuno en que el aire de la verdad la bese nuevamente ; y fructificará los gérmenes que guarda en su seno, á la primera inmersión de ella en la clarividente luz de tu visión genial, sin que haya fuerza destructora capaz de tornar maleable la dureza inequívoca que posee, ni de apagar la nitidez diamantina que despide.

En el entre tanto el fermento necesario á la hinchazón de la moral de tu pueblo produce, como ves, algunos aislados efectos, precursores del estallido que vendrá en la hora del desper-

tar, del reconocimiento y de la contrición.

Son raras es verdad las voces que hasta el presente te hacen eco. Muy raras,.. dos son las que yo escucho con la atención de mi recuerdo. Una que vibró hace mucho ya, si bien en la sombra de un error con respecto á tu persona, en consonancia en cambio con la finalidad de tus aspiraciones. Y la otra en esta explosión de mis sentimientos, á los sesenta y tantos años de tu entrada en esa otra región del silencio perpetuo en que reposas.

Pero en estas mismas penosas y tardías eflorescencias de algunos sentires de tu antigua provincia, que á más de dar una convicción de la fuerza de empuje de tu anhelo, y de hablarnos de una imposible desaparición del mismo á pesar de los choques imponentes que ha recibido y recibe, es que debes entrever la prueba más palpable del triunfo fatal de tu canción de peregrino.

No son estas explosiones los últimos aletazos de una idea que se precipita en la decrepitud y el olvido ante el avance de otra nueva noción que aparece en el horizonte del pensamiento. Muy al contrario, ellas son el resultado de ese espíritu persistente que quedó en el alma de tu pueblo á manera de esos elementos que, en las composiciones del laboratorio, son los que resuelven una fórmula definitiva.

No veas en el enrarecimiento de sus destellos el ocaso de un sol que se retira, sino, antes bien, la reaparición del foco luminoso que tú encendiste en los preámbulos de nuestra libertad, y que hoy, al través del pasajero eclipse de estos años de vida independiente, vuelve á destacar sus luces ante el oscuro porvenir que se nos presenta.

Tienes que esperar aún, Artigas. Tienes que pacientarte y sufrir las consecuencias del noble pecado que cometiste, al querer engendrar, de

inmediato, en el sentimiento de este pedazo de suelo, la inspiración grandiosa de tu sueño profético.

Tu evangelio necesita un estado de espíritu que, aún, tu tierra no puede ofrecer en lo incontestable de una plenitud.

Pero los hechos y el tiempo trabajan de común acuerdo por tí.

Esta misma imposibilidad de una desaparición de los partidos sin programa, ó si se quiere, más bien, con la identidad de un programa puramente personal, que nacieron casi á raíz del adiós á tu pueblo, y que tanta sangre de hermanos han chupado para la esterilidad de nuestros esfuerzos nacionales, nos obligará á fijar nuestra atención analizadora para deducir lo que existe de determinante en la ley de tu credo.

En esta misma frecuencia de nuestras luchas intestinas, á que nos lanzamos con un furor de alma gaucha primitiva, se elabora indirecta-

mente el triunfo del programa inscripto en tu bandera ; por cuanto ya sabemos que la frecuencia de revueltas en un país ha hecho nacer la nueva jurisprudencia internacional de un derecho de intrusión para las naciones limítrofes ; y sabemos también de la resultante que se deriva entre un entremetimiento y la obligación del retiro del país que usó el derecho.

En esta misma fatalidad del dilema final á que está abocado nuestro problema del Plata, en ese último escalón á que hemos de llegar, una vez concluidos estos que hasta ahora descendemos en la armonía de una concordia producida por estas borracheras que nos imponemos con los aplazamientos de la sentencia definitiva, tú tendrás la satisfacción de la verdad de tu visión, aún cuando esta no se realice en la fórmula de un cariño de hermanos y de una autonomía con que tú la hubieras deseado.

En esta misma mortificación del alma nacio-

nal que tortura el íntimo sentir de nuestro orgullo sagrado de patriota, al pensar que existe en el fondo de la espera una derrota injustificada, es que se siente la necesidad de un rehacimiento de nuestra conciencia ciudadana, dislocada por un criterio de violencia y por la violencia de una imposición.

Entre la fuerza que produjo este nacimiento de mi Uruguay libre y el aborto momentáneo de tus ilusiones queridas, hay una diferencia enorme de valores pujantes, que nos habla de las certificaciones del triunfo definitivo.

Y porque no existe en la historia de los hechos humanos la inutilidad de un sacrificio, y este da, en época más ó menos remota, el producto floreciente de lo que se sepultó en la hora del martirio, como da un resultado feliz el abono que se mezcla en la tierra de constitución debilitada; y porque no hay tampoco fuerza que se pierda cuando está canalizada en la verdad de

una orientación fatal, así también la crucifixión que te hicieron de los dos dogmas que propalabas, y el voluntario ostracismo que te impusiste tendrán que retraer á su verdadero y justo camino esta desviación de nuestra ruta.

Y porque fué grande el anhelo de tu idea bendita, es que necesitamos el tiempo para el ensanche de los pulmones que deben respirarla.

Espera, pues, en todavía, tú que has dado ya las pruebas concluyentes del saber esperar.

Espera con la calma imperturbable con que caracterizaste tu silencio y tu proscripción.

Día vendrá en que la trompeta del angel de justicia, perturbándote en el sagrado retiro en que reposas, te hará llegar, en las ondulaciones de una diana triunfadora, la sanción definitiva de la verdad que defendiste.

VIII

Y puesto que tú no quisiste hablar cuando debiste de haber hablado, y legaste á la posteridad de tu pedazo de suelo americano ese silencio y ese ostracismo que condicen de una manera tan perfecta con tus proclamas y tus sentimientos de los diez años de actuación batalladora, permíteme que yo traduzca la íntima esencia de tus sentires en una explosión tanto más borbollante cuanto que estuvo contenida, hasta ahora, por las timideces que se aferran en la vida del hombre en esa etapa que corre desde el despertar de la inteligencia hasta el principio de esa edad de reflexión y serenidad.

Y creyendo ser el intérprete fiel de tus ansias del pasado exclamaré :

Siento á mi patria chica, encerrada como

está en los estrechos límites que la circundan, cuando tú la quisiste de una grandeza material y moral que fuese suficiente para el respeto de sus decisiones, impregnadas siempre en la fuerza de la razón.

Siento que le falta el espacio que tenía en un principio de su vida libre, para no depender de un factor, más ó menos sentimentalista, de las otras naciones, que podrán ó no respetar su independencia según sean más ó menos imperiosos los llamados del instinto vital patrio á que obedezcan por ley suprema de la naturaleza.

Siento que le falta, tal como la tengo hoy, la primera página inmaculada de todo pueblo libre ; ese grito claro y penetrante que no deja lugar á dudas ; ese primer grito imperioso, creador de su libertad, como lo tuvo en el clamorco de las Provincias Unidas, para tener la sensación de la grandeza que enorgullece, y no

la inquietud que obliga al emancipado á mirar con los ojos de la falsa bondad á quien le tiró el mendrugo que incomodaba en los manteles.

Y yo la quiero, antes que hipócrita, franca y brutal, sin engaños para nadie ; la quiero con la arrogancia del que manda y no con la mansedumbre del esclavo ; quiero para ella la mirada de la envidia y no la de la misericordia ; y reniego de las grandezas proporcionales que son, para mí, las consolaciones de los impotentes.

El predominio absoluto debe ser nuestro norte ; y hacia él deberán conjurar todos nuestros esfuerzos, todas nuestras ambiciones, todos nuestros ideales. De nosotros tienen que brotar las protecciones para los débiles ; y hacia nosotros tienen que tender sus súplicas y sus miradas de esperanza los que, atrasados en el camino, queden sin el apoyo necesario para prevenirse de los zarpazos del lobo.

Y aunque sé que mi patria grande y fuerte y generosa nunca hará el uso indebido y criminal à que generalmente se suele inclinar quien posea un tal derecho de fuerza, esta será la que por la fatalidad de las cosas habrá que hacer valer siempre en los casos extremos para la inclinación del platillo justiciero de la balanza. Y porque, con la fuerza á su lado, la voz tendrá el imperioso timbre de mando ; y el trabajo de sus hijos se verá avalorado en el justo precio que se merece ; y el más ínfimo además se estudiará en lo que en sí tiene de decisivo.

Una voluntad imperiosa y sin titubeantes, una voluntad noble y serena, igual á la del viejo de la pampa de granito deberá ser el imán que sustente en tensión continua todos los actos de nuestra vida independiente .

Y por cuanto, para la resolución del dilema final que existe en todos los problemas de nuestra humanidad, no podemos apartarnos de

la fuerza de las leyes determinantes del universo, y estas imponen, para un resultado satisfactorio y triunfante como el que deseo, la condición fortalecedora de una constitución robusta, la fuerza es la que proclamo, una vez más, para mi querida patria grande. La fuerza, tomándola en el sentido amplio de todo lo que puede arrastrar, ante todo por el camino de la persuasión, de la virtud y de la bondad ; pero también por el de la materialidad física de la misma.

En el atrayente símbolo del maestro, más que uruguayo, americano, la fuerza bruta es la que ejecuta el milagro ; y la voluntad del viejo se cumple, única y exclusivamente, porque obedece á las leyes que determinan el triunfo.

Sin las tenazas de los dedos del padre, el primero de sus hijos no hubiera cavado el hoyo necesario ; ni el segundo hubiera aspirado la tierra que llevaba el pampero ; ni el tercero derramado las lágrimas necesarias para el rocío.

En la pura región del convencimiento de las ideas no hubiera el solitario conseguido la transformación del granito. En el fondo de la inspirada moraleja, magistralmente tirada, solo existe una ilusión del poder de la voluntad; siendo la conciencia de un deber santo, apoyada en la fuerza material necesaria, la que determina la finalidad del triunfo.

Y así como ella se amachimbró á la voluntad para la obra milagrosa en la pelada y dura roca del desierto, así también la fuerza nunca deberá separarse de la voluntad sacrosanta en las decisiones de nuestros ideales, porque ella será la ley de la victoria en cualquier orden de ideas que se le quiera hacer navegar, una vez llegada la discusión al dilema final de la vida.

Y si el hombre, en su actuación individual, puede desecharla, decretándose así la finalidad del suicidio, las naciones la tendrán que venerar siempre en la justa medida de sus necesida-

des como último baluarte conservador de su especie.

Y cuando ella caiga ó se debilite, es porque empieza el infalible signo de una desviación en la ley natural del triunfo. Y, falta la nación del jugo de la vida, se quiere poner el punto final á la frase de su existencia.

Y yo quiero á mi patria en el continuo y más prolongado balbuceo que pronunciar se pueda, para que se eternice luego, en la existencia de su historia, como el ejemplo más imperioso á imitar. La quiero consciente de su deber americano, discutiendo larga y serenamente las sagradas obligaciones de nuestro futuro. La quiero acumulando, en torno del dogma elegido, todas las fuerza de un orden moral, virtuoso y de bondad, pero sin caer en la rebeldía de un afrontamiento con las leyes supremas del mundo, desatendiendo les mandatos imperiosos é ineludibles de las mismas.

Entre el fanatismo y el escepticismo, puestos en holocausto en el altar de mi patria, ni un minuto de duda. Con el primero cerraré los ojos para no ver; taparé mis oídos para no escuchar; y mi pensamiento y mi inteligencia se embotarán para todo lo que sea ageno á este ideal de mi suelo querido; y solo hablará mi corazón con toda la filosofía que, aún, no ha podido descifrar el hombre; y en la alimentación de la hoguera querida y sacrosanta quemaré todas mis energías, todos mis amores.

Ya sé yo, y también lo conservo en el cáliz de mi corazón, que hay un término medio que, alejado de los puntos extremos de ruindad y flaqueza que encierran, en sí, cada uno de estos caracteres, y conservando en cambio las bondades que tienen también ambos, sería el ideal á que deberían dirigir sus miradas y sus pasos tanto el hombre como las naciones. Pero sé también de las imposibilidades de ciertas

realizaciones en ciertos campos y por ciertos caminos mientras el coro de la humanidad no entone al unísono la canción del peregrinaje.

El dilema que está en el fondo de la vida surge en el extremo fatal de todas las cosas ; y á ese supremo momento, que no se puede desviar, es menester ofrecer un sacrificio ó bien imponer un triunfo. Y yo quiero para mi patria la vida,

Ya sé yo que esta confesión de mis íntimas intranquilidades parecerá á muchos la herejía renovada de aquel otro, sincero también, que, al decir del maestro, fué *la forma viva de los dolores de la historia de un pueblo y de los más caros anhelos de su alma.*

Ya sé yo que muchas ilusiones, formadas al calor de leyendas, se resistirán en el estrecho cielo del terruño antes de tender una mirada de águila sobre ese horizonte más amplio y más sereno con que nos espera el porvenir ; y sé

que muchas piedras que obstaculizan el camino tendrán que rodar á la zanja de la orilla ; y sé que muchos medios, á primera vista importunos ó irreverentes, tomarán más tarde los contornos de una razón de ser ; porque las ideas, en el andar de los tiempos, se suavizan en sus cantos mal pulidos ; y las filosofías y el concepto de las cosas que parecían indestructibles cambian también, no quedando más que el asombro en las francas fisonomías de la transformación, al estudiar el proceso demasiado largo que necesitó la evolución del problema.

Pero tengo también la íntima seguridad de que las nociones y sentimientos, así sean los más avanzados que el pensar ó el corazón del hombre puede formular, apechugan todos los oleajes del flujo y reflujo de la humanidad pensante, cuando en la levadura que levantan sus confesiones existe el fermento de la sinceridad.

Así lo constató el sereno visionario del « Mirador de Próspero » cuando escribió que : « Jamás, « jamás, en un pueblo libre, la profesión sin- « cera de un modo personal de concebir la « grandeza, el porvenir, los destinos de la « patria, pueden justificar el ostracismo, ni « el anatema, ni el olvido de los más altos títu- « los y las más legítimas superioridades que « enaltezcan á los hombres. El fecundo amor « patrio es el que exige del ciudadano, *no el « sacrificio de la profesión de su pensamiento,* « en cuanto á las conveniencias é intereses del « patrimonio común, sino *la sinceridad del « amor,* y el cumplimiento del cívico deber. « Toda otra concepción del amor patrio no será « sino un estrecho é irracional fetichismo. »

Y sobre todo, lo que más me empuja en esta confesión, lo que da una fuerza irrefutable á la emisión de mi íntimo sentir patriótico, es la íntima persuasión de que nuestro magno

libro no se puede, no se debe seguir en la lectura de sus páginas sucesivas, sin que la primera no sea de una claridad refulgente como la trazó nuestro peregrino ; rayana de una luz deslumbradora por la fuerza de su iluminación ; y de que, nunca, el edificio se podrá sostener y desafiar las inclemencias del tiempo sin la base fuerte y necesaria de los cimientos que hemos abandonado.

Ya sé yo de otros muchos dolores ocultos é iguales á este dolor mío que me ronda noche y día alrededor del corazón, haciéndole sentir el pinchazo de la intranquilidad ; y sospecho de otros más que por una inexplicable aberración se niegan á la exterioridad de un manifiesto claro y sincero.

Lo que más me lastimaría en las resonancias de esta confesión mía, sería que la creyeran despojada de toda la fuerza y de toda la preñez de buena intención que la guía.

Pero tal fé fanática de una misión redentora de mi América se alberga en mi pecho de patriota, tal visión profetizadora desciende en mis sueños de todas las noches, que todo este desleimiento de las fronteras de mi patria actual se me antoja un nimio detalle ante la magnitud del problema que el destino le tiene reservado al continente para bien de toda la humanidad.

IX

Quien quiera que estudie en sus fundamentos y en sus principios la fundación en nación independiente de la antigua Provincia Cisplatina, no podrá menos, si la voz se emite en el diapasón de la sinceridad y la justicia, que adaptarla al mismo número de vibraciones de

este mi grito de verdad y de reivindicación histórica.

Han publicado hombres eminentes, y fuera de toda duda en sus convicciones de ciudadanos libres, palabras de insistencia para el mantenimiento de nuestra vida independiente que hoy gozamos. Y con energía, que yo el primero respeto, han emitido la razón de que los ochenta y tantos años de vida libre y aceptada que goza la república eran una confesión clara y concluyente de que así quería, el Uruguay, su destino.

Grande y convincente argumento, lo repito una vez aún, que pondría punto final á la discusión de que se trata, porque tendríamos la voluntad soberana de un pueblo ante la cual tendríamos que inclinarnos sin el derecho de una inquietud cualquiera, así fuera esta de las más tenues y delicadas.

Pero cuando á esa vida libre é independiente se le quiere ajustar el pedestal de un pasado

que no solo no se amolda al tenor de lo que parece desprenderse de este lapso de tiempo en que solemos firmar con el título de República Oriental del Uruguay, sino que, antes bien, ella desdice en lo fundamental y en los detalles con los hechos y confesiones políticas pretéritas, empieza la dureza del ajuste.

Yo digo que : Libres, necesitamos la primera declaratoria de nuestra voluntad y tenemos que escribir nuestra decisión, en los anales de la historia, como se acostumbran á escribir estos gritos primeros de los pueblos.

El mismo grito de Mayo, que no fué el grito franco de la libertad que necesitaban las Provincias Unidas del Plata, buscó el complemento de aquel otro grito del congreso de Tucumán ; y con este se escribió, en realidad de verdad, la primera página del libro de oro de la independencia de este pueblo que se llama hoy República Argentina.

Con el honor y con el orgullo de la epopeya que se desarrolló en cada palmo de la tierra querida, nuestra mirada tendrá que tenderse necesariamente hacia el lado en que brilló el primer chispazo de Mayo.

Artigas, el gran Artigas, el querido Artigas nuestro, no lo podremos nunca circunscribir dentro del estrecho marco actual, ni aún con la triste consolación de que él hizo factible con su actuación el resultado final que tuvimos.

Se dice que las repúblicas de Venezuela, Colombia y Ecuador, constituidas definitivamente, aunque yo lo dudo, en estados independientes, proclaman á Bolívar como *obrero constructor de sus cimientos*, siendo así que el Libertador nunca pensó en tales unidades separadas ; deduciéndose de un tal argumento, mal planteado, la similitud con las aspiraciones de nuestro Artigas y esta independencia de la

antigua provincia oriental. No se puede admitir, ni en lejana comparación, el paralelo que se quiere establecer entre los prólogos de las repúblicas que formaron la gran Colombia y nuestro actual Uruguay.

La visión de Bolívar, tanto en lo circunscrita á su confederación continental como á su Colombia querida, fué predicada claramente, como claramente se proclamaron las independencias de los tres pueblos que hoy se llaman Venezuela, Colombia y Ecuador.

Bolívar nunca podrá ser proclamado como el aspirante de las independencias de cada una de las repúblicas nombradas, en sus aislamientos respectivos. Eso jamás. En ese orden de ideas se encuentra en el mismo plano indiscutible que nuestro gran Artigas. Y no creo que haya un hijo, de cualquiera de los suelos que formaron la Colombia del Venezolano, que adore en su corazón á un Bolívar circunscrito

al suelo natal á que pertenezca ; porqué sería amar una falsedad.

Bolivar fué el libertador de las tres naciones nombradas, pero libertador en su conjunto formador de una gran Colombia. La subdivisión vino después, en sus diferentes proclamações respectivas, y estableciendo justamente una diversidad de opinión con el genio que las había libertado en su conjunto.

El pensamiento de Bolivar es lo que no se puede discutir en el Norte. Y el pensamiento de Artigas es lo que quieren discutir inutilmente en el Sud. Pero tanto la aspiración del genio americano, nacido en Venezuela, como la del *Protector de pueblos libres*, aparecen en la historia, y corroboradas por hechos y documentos indiscutibles, en dos claridades que considero de herejía ciudadana querer empañar.

Confesemos, más bien, que nuestro gran hombre se había equivocado en sus anhelos



patrióticos, y que la voluntad del pueblo uruguayo es permanecer libre é independiente. Y así Artigas quedará como un héroe que luchó por una idea grande y generosa, pero una idea que no es la nuestra.

Eso es lo que le falta á mi Uruguay. Esa declaración disconforme con los anhelos patrióticos del Artigas de las Provincias Unidas en cambio de esta aceptación que tenemos por boca de Lavalleja, impuesta por las circunstancias ante la imposición de los dos colosos que nos limitan, y la intrusión indebida de la Inglaterra.

Seamos sinceros en estas cuestiones graves y sagradas de la patria. Busquemos con nobleza y valentía la verdad de lo que fué, aunque ella desdiga lo presente. Y no tratemos de amoldar á lo que tenemos lo que nunca sucedió.

No alimentemos leyendas que pueden quedar apagadas con documentos que existen ; porque

si ellas convienen á los pueblos en ciertos y determinados casos, son en cambio contraproducentes cuando los papeles cantan todo lo contrario.

La misma leyenda criminal que se quiso levantar contra Artigas no pudo resistir ante el abrumador proceso reivindicatorio de los documentos. Estos son, como lo proclamó una vez más el Dr Eduardo Acevedo en su « Alegato », *los que dan razón de ser, porque los documentos, de cualquier género que sean, constituyen más que el protoplasma de la historia, su substancia misma.*

Y si con los documentos tenemos, además, la demostración patente del hecho que lo corrobora, como lo es esta demostración silenciosa de nuestro héroe durante los treinta años de su cautiverio voluntario en las soledades del Paraguay, la leyenda no hace sino irreverenciar al antepasado que cobija, y producir los desg-

rramientos profundamente dolorosos que experimenté yo en la hora de la madurez de mi vida.

Para establecer una comparación con el sentimiento de Bolívar, la proposición se debería plantear, no en la forma en que se nos ha encarrado, sino averiguando si en alguna de las repúblicas del Norte de esta parte del continente latino-americano se diverge para constatar si Bolívar quiso la independencia aislada de alguna de ellas, ó si defendió en cambio la unidad de las tres. Entonces tendríamos la misma incógnita á despejar, que esta de la verdadera actuación de nuestro Artigas.

Lo mismo se trasmutan los valores cuando, en apoyo de la tesis Uruguayo-Artiguista, se nos saca á luz la oposición de los sinceros convencimientos monárquicos de los grandes hombres de la revolución del Plata y el sistema republicano-federal que hoy rige á la vecina confederación.

La igualdad de comparación existiría si la Republica Argentina quisiera sostener que el sistema republicano-federal fué el de San Martín por ejemplo.

No olvidemos nunca, repito, que Artigas selló sus labios ante el desarrollo de los sucesos, contrario á sus anhelos ; y que su silencio no fué solo de un día ; y que su determinación no pudo ser doblegada ni por el debilitamiento de los años, ni por el llamado de la sangre en la persona de su único hijo.

El quedó y él quedará en nuestro destino como el llamado perpetuo á una meditación de este asunto muy grave de nuestra vida de pueblo libre. El será siempre la *catalisis* difícil de combinar con los elementos de nuestra independencia.

Hay cosas en aquel epílogo de la meseta floridense que dicen al alma ciudadana, de las tristes humillaciones del esclavo á quien se

obliga á aceptar un género de vida que nunca se había deseado. En aquella hora de nuestra historia se aceptaron los sucesos sin la previa meditación necesaria, sin el valor de una protesta, y con la postdata de un agravio al que pasaba sus días en las tristes soledades del Paraguay. Por eso es que, aún hoy, en el presente en que vivimos, tenemos que soportar la donación, generosamente ofrecida, es verdad, pero donación al fin, de un derecho por el costado de la laguna de Merim; y de una negación por el costado del Plata.

Y yo quiero para mi patria la mirada de la envidia antes que la de la conmiseración.

Las inyecciones de los *status-quos* que nos introducimos de cuando en cuando en nuestras relaciones con quien fué, en otros tiempos, de la familia, no hacen más que postergar lo irremediable, lo que un día tendrá que venir. Y para evitar la humiliación de un pedido de so-

corro á algun extraño de la familia, en defensa de un derecho negado, es que desearía que este paréntesis de nuestra vida libre se cerrara á su tiempo y á su hora por la fuerza misma del destino á que estamos indicados en el conglomerado de nuestra América.

Paris, 1917.

Imp. Jouve et C^o, 15, rue Racine, Paris — 3209-17
